

MAS ALLA

No pienses nunca que tu amor es pleno
por más que sangres de mortal pasión;
no pienses nunca que acabó el Misterio
si no alcanzaste la Mansión de Dios...

Todo es pequeño acá. ¿Por qué creemos,
al vernos ricos, que no hay más mejor?
¿Por qué a las glorias de este mundo hacemos
honores locos de pueril visión?

No! no me digas que lo tienes todo,
porque jamás se agota el Manantial...

Siempre se puede superar el Lodo

cuando se tiene un alma de cristal.

No mates, nó, tu anhelo en el recodo...

Vislumbra y ama siempre el MAS ALLA!

Cáceres, Noviembre de 1951.

JOSÉ MARÍA GIL

Un Archivo de Iconografía Mariana a través de una vida ejemplar

I

NACE D. José de Bartolomé y Relimpio en Almagro, de una familia de abolengo, muy enraizada en la noble ciudad. Recibe una educación fundamentalmente cristiana. Estudia la carrera de Derecho en Madrid. Contrae matrimonio con una dama cubana de nacimiento, española de naturaleza, D.^a Tomasa Pons. El matrimonio se instalaba en Barcelona, donde lleva unos treinta años de residencia.

He creído necesaria esta ficha por que entiendo que en el comentario de su labor importa el antecedente humano. Agreguemos a estas sumarias referencias algo de sus sentimientos y de su carácter. Desde niño sus arraigados principios religiosos tuvieron una faceta que nos interesa subrayar: su profunda, su ferviente devoción a Nuestra Señora. En el oratorio de su casa solariega hay una bella imagen de la Virgen del Carmen. A ella dirige preferentemente sus plegarias. A lo largo de su vida Ella ha de ser Madre consoladora en sus momentos de tribulación y luminosa guía en sus pasos por el mundo. Ella sin duda le inspiró la tarea que había de imponerse en gozo creciente de realización alentándolo en todas las dificultades y allanándole todos los obstáculos.

El hombre es recto y generoso. Y de un insobornable españolismo, puesto a prueba en sus treinta años de residencia en la Ciudad Condal. Digno de su origen manchego, hay un fondo de noble quietismo en su ideal religioso y patriótico. Los molinos de viento que hubo de atacar no eran gigantes sino monstruos.

* * *

El muchacho empieza a coleccionar estampas de la Virgen allá en su tierra de Almagro. Pronto su amor mariano y su innato sentido artístico no se satisfacen con las estampas, algunas de mal gusto y de pobre factura, pero todas para él igualmente sugeridoras de devoción. Quiere algo más concreto y directo, como representación de Nuestra Señora, fotografías, grabados, litografías, todas las reproducciones posibles de imágenes veneradas. Y comienza su tarea iluminado por su fervor mariano, también con entusiasmo y tozudez de coleccionista.

Ya con cierto acopio de cultura y terminada su carrera, D. José de Bartolomé, intensifica su tarea marianista. No se conforma con coleccionar fotografías, grabados y estampas de las imágenes que le interesan, sino que inquiere sus tradiciones; su culto, su valor artístico; su historia y su leyenda; sus milagros más destacados; las poe-

sías y los cantos que inspiraron, todo en fin cuanto puede averiguar no solamente por lo que sepan y quieran contarle sacerdotes, religiosos y seglares, sino sumando su esfuerzo de investigación allí donde le sea factible.

Comienza para el Sr. Bartolomé una labor que le ocupa casi todas sus horas libres. Edita unos cuestionarios minuciosos y los envía a los párrocos, superiores de conventos, abadesas y a cuantas dignidades eclesiásticas cree que pueden facilitar datos de las imágenes en que fija su atención. Al cuestionario acompaña una atenta carta explicando la finalidad de su tarea coleccionista; ir reuniendo una amplísima documentación para una obra magna de «Iconografía Mariana». No se olvida nunca de incluir un sello para la respuesta. Paralelamente moviliza a parientes y amigos; busca recomendaciones; indaga incesantemente; y no hay viaje o excursión en los que no saque fruto para su archivo, visitando e interrogando a cuantas personas pueden proporcionarle datos sobre las imágenes de mayor veneración.

Algunos amigos no toman en serio su tarea: la creen mera manía o chifladura de coleccionista. Tengo la satisfacción de no haberme contado entre ellos. Apenas me mostró una mínima parte de su colección, hace veintitantos años, cuando nos conocimos, me dí cuenta de su transcendencia y aporté mi grano de arena a su ingente labor.

¡Cuántas resistencias; qué lucha contra la desconfianza, el recelo, la incomprensión y hasta la burla! Entre diez cartas y cuestionarios enviados, apenas si les son contestados la mitad; y de esta mitad no todo es aprovechable. Algunas respuestas son tan sumarias que apenas le facilitan un dato interesante o se limitan al envío de una foto, una postal o un grabado de la imagen. Vuelve a escribir: ruega, insiste. «Decididamente este Sr. Bartolomé es pesadísimo», se dicen muchos sacerdotes y seglares. Otros, los más cultos o de mejor voluntad, le prestan su ayuda generosamente y con la mayor eficacia. La colección se acrecienta de día en día...

* * *

Para disipar el recelo de algunos sacerdotes y religiosos y promover su estímulo, se hacía necesaria la recomendación de las altas autoridades de la Iglesia. Allí donde era absolutamente desconocido no es de extrañar que desconfiaran de su demanda. ¿No podía ser este Sr. Bartolomé instrumento de algún enemigo de la Iglesia? ¿O quizás un anticuario deseoso de averiguar donde estaban las imágenes de mayor mérito artístico, quien sabe con qué miras interesadas? De los desconfiados nacen los avisados. Lo mejor era no contestar. ¡Eran tantas y tan sospechosas algunas preguntas! Alguna vez el recelo toma una derivación cómica, imprevista. Un cura rural de una provincia castellana, le escribe: «No quiero contestar su cuestionario. El estilo de su carta me hace sospechar que es Vd. un catalán separatista; y, como Vds. no quieren nada con los castellanos,

nosotros no debemos prestarnos a ninguna clase de favores a los enemigos de España. Conociendo el Sr. Bartolomé su ferviente españolismo, la ingenua suspicacia del cura nos divirtió grandemente.

Ya con un acopio importante de «Iconografía Mariana», logrado a costa de tantos desvelos, consigue que varios prelados recomienden a sus párrocos que presten su colaboración a obra tan meritoria, no negándole su apoyo y facilitándole todos los datos de que tenga noticia. En 1915 el doctor Gandésegui, obispo de Ciudad Real, es el primero en hacer este llamamiento en el «Boletín Eclesiástico» de su diócesis. Y desde 1924 se van sucediendo las mismas recomendaciones por los obispos de Barcelona, Gerona, Cuenca, Tortosa, Canarias, Tarazona, Solsona, Avila y otros, hasta el número de veinticinco. En 1938, a poco de ser nombrado arzobispo de Toledo, el cardenal Gomá hace la misma recomendación. En 1940 le sigue el doctor Doménech, arzobispo de Zaragoza. En el 42 el de Santiago, y el doctor Plá y Deniel, obispo de Salamanca. Con avales tan valiosos, en las gestiones del Sr. Bartolomé se han disipado todas las prevenciones y escrúpulos y se han vencido la apatía y desgana de sacerdotes y religiosos. El archivo sigue enriqueciéndose en datos y documentación iconográficos de Nuestra Señora.

Llega a oídos del doctor Modrego actual obispo de Barcelona, noticia de la valiosa colección, única en el mundo, y muestra deseos de examinar siquiera una mínima parte de su fichero, compuesto de más de *veinticinco mil fichas*. Y quiere, además, felicitar personalmente a D. José de Bartolomé. En Junio del año pasado le anuncia su visita. No hay para que decir el alborozo y la honda emoción con que éste le recibe. Su alma de católico ejemplar vibra de gratitud ante tan inusitado honor. El ilustre e ilustrísimo prelado permanece largo tiempo en aquel piso de la calle de Rosellón, todo él trasunto del fervor mariano de sus dueños. Admira una pequeña escultura barroca de madera policromada de singular mérito y diversos cuadros, grabados y pergaminos relacionados con la devoción o culto a nuestra Señora.

Se postra ante la linda imagen de la Virgen del Carmen del pequeño oratorio, a que hicimos referencia, inspiradora de aquella labor benemérita que en fichero perfectamente ordenado ocupa un gran armario del acogedor despacho. Su ilustrísima pregunta, inquiere, demanda y en el acto el Sr. Bartolomé le muestra las fichas de las advocaciones marianas que especialmente le interesan. Allí está, en aquel armario, el fruto de medio siglo de trabajo y rebusca infatigables. Queda maravillado su ilustrísima «Admirable, admirable: lo que Vd. ha hecho supera a cuanto me habían dicho y había imaginado». Y se despidió bendiciendo al piadoso matrimonio, dejando aquel hogar cristiano donde a falta del calor de los hijos, reinó siempre el más puro amor de esposos, identificados en penas y alegrías a lo largo de una vida no exenta de amarguras y tristes avatares. Pero no hay dolor que no halle consuelo y lenitivo en el patrocinio maternal de la Señora. Diríase que ella había traído, como

tendiéndole su mano de azucena, al ilustre prelado, premiando así tantos desvelos y tantos afanes enderezados a su mayor gloria y a la exaltación de sus divinos favores.

* * *

Al estar el Movimiento revolucionario de 1936, el Sr Bartolomé podía temer no solamente por la suerte de su fichero de «Iconografía Mariana» sino por su propia vida. Todos los que se habían distinguido por su ferviente catolicismo pasaban por «fascistas» en la primera etapa revolucionaria. De milagro puede calificarse que durante estos primeros meses ni fuera molestado nuestro amigo, ni su casa registrada. Conocidísimo por sus sentimientos monárquicos y por sus relaciones de amistad con altas dignidades de la Iglesia, así como por su labor mariana, era inconcebible que pasara desapercibido, máxime, cuando ni trató de ocultarse ni de poner a buen recaudo aquel precioso fichero denunciador de sus actividades católicas. Pero llegó a más su valor y su serenidad. Cuando las turbas incendiaban el convento de Montesión, de la Rambla de Cataluña, cuya abadesa le profesaba gran estimación, confundido entre ellas, antes de que las llamas devorasen el interior del convento penetró en él para recoger un album de imágenes que había entregado a las monjas para que lo vieran; puso en peligro su vida, ya que pudiera haber sido reconocido.

Transcurrieron varios meses. Un día, cuando ya se consideraba relativamente tranquilo y seguro, se presentó en el piso la policía roja. Inmediatamente descubrió aquel enorme fichero mariano y observó los cuadros e imágenes que denunciaban sin ocultaciones ni disimulos el fervoroso catolicismo de su dueño. Tras largo interrogatorio sobre sus actividades políticas, en el que presidió la corrección y el respeto, se marcharon los dos policías. ¿Acaso eran, como tantos otros, unos franquistas emboscados? ¿O se trataba tal vez de unos policías auténticamente rojos, pero en los que no se había extinguido el rescoldo de una formación católica? Nunca llegaron a saberlo ni volvieron a ver a los visitantes. Y llegó la gozosa liberación con el fichero intacto. ¿Quién duda de que en aquel hogar la Señora derramó sus gracias poniéndolo a salvo de tantos peligros y desafueros?

No quedó en Cataluña ni en el resto de la zona roja, iglesia, convento y ermita que no fueran profanados. Apenas si se salvaron algunas catedrales y el monasterio de Monserrat. Innumerables imágenes de gran veneración y de notable mérito artístico fueron pasto de las llamas. Cuando se trató de reproducirlas con fidelidad, muchos párrocos acudieron al fichero del Sr Bartolomé. Nadie conservaba tantos datos; de algunas imágenes, además de fotografías tomadas especialmente para él, hasta las medidas exactas de la escultura. Díganme si fueron impertinentes y ociosas las preguntas de su cuestionario.

ARTURO GAZUL



Voces y expresiones viciosas

Posibilitar

AMONESTAR a los que escriben o hablan mal, no para herirles en su amor propio, que nunca

estuvo tal intención en mi pluma, sino para intentar traerlos al buen camino, esto es, al decir correcto y ejemplar, es quehacer perfectamente lícito y honesto. Fustigar con burlas y cuchufletas a los que escriben o hablan bien, repútolos a toda ocupación a todas luces reprehensible. Este es el caso del que fué maestro y ministro, D. Marcelino Domingo, a quien una turba de ignorantuelos detractores le reprochó multitud de veces, en serio o en broma, el uso del verbo *posibilitar*.

Dicha voz es sin duda alguna impecable. No aparecía ya en el *Dictionarium* (1), de Antonio de Nebrija, pues sólo figuraban «posible», (*possibilis*) «posiblemente» (*possibiliter*) y «posibilidad» (*possibilitas*); pero es cierto también que estaba incorporada a nuestro caudal léxico mucho antes de que la emplease D. Marcelino Domingo. Su curso es correcto porque su cuño es legítimo. La Academia de la Lengua ya la recogía en su *Diccionario* de 1817 (2), como verbo activo con esta significación: «Facilitar y hacer posible alguna cosa dificultosa y ardua». *Possibile aliquid reddere*.

Aportemos seguidamente algunos ejemplos de su empleo:

«Vence enormes quimeras invencibles,
como otro singular Belerofonte,
posibilita cosas imposibles,
haciendo valle al entonado monte».

Fr. Nicolás Bravo.

«Dos siglos de *derecho natural* precedieron a la Revolución Francesa y posibilitaron el nuevo régimen...» José Ortega y Gasset. (*El Espectador*).

«El yo no reviste un arquetipo, sino que se «encarna» en él. Es un «destino» humano diverso lo que le brinda o posibilita cada arquetipo». Dr. Ramón Sarró: (*Etapas de la nueva psicología médica en la obra de C. G. Jung*).

«Toda cara humana tiene nariz, dos ojos, etc., pero estos factores universales son variables, y es esta variabilidad la que posibilita

(1) 1492.

(2) 5.^a Ed., Madrid. No tenemos a mano otra edición más antigua.